

PARTE I

*Donde se hace la luz*

DANIEL CAPÓ

Al llegar la mañana, fui con mi hija al mar. La luz era nítida, espléndida, y el tiempo primaveral anunciaba un día caluroso. Primero bajamos hasta una cala retirada y virgen. Nuestras huellas en la arena definían un territorio de cicatrices llamado a desaparecer con el viento y las olas. Nada permanecerá de nuestro tiempo allí; sólo estas líneas y el recuerdo, hasta que la memoria se difumine y pase a ser humo, es decir, nada. Caminábamos en silencio, subiendo por unos acantilados cercanos, hasta alcanzar otra plaza igual de recoleta. Una pareja deambulaba con su perro, dos gatos ronroneaban en la terraza de un bar, las gaviotas volaban en círculos; sólo el mar azul —y el cielo— nos contemplaban en medio de la calma. Nos sentamos en las rocas y abrí la mochila donde guardaba el almuerzo. Recordé por un momento la cantidad de veces que hemos hecho esta excursión. Paseamos con nuestros hijos, jugamos a perdernos en un laberinto de setos, recorremos un sendero del bosque entre pinos y orquídeas, y luego descendemos

a la orilla y comemos mirando ese mar de los aqueos, que es el nuestro: su luz, quiero decir, su horizonte. Yo aprovechaba para leerles —primero a mi hija; más adelante, cuando creció, también a mi hijo— algún título de la biblioteca familiar. Sus favoritos eran las andanzas del gato Findus y del viejo señor Pettson, y los cuentos de los Hermanos Grimm, en la antigua edición de Juventud. A veces recitábamos *Macavity, el gato misterioso*, de T. S. Eliot, y entonces nos reíamos al teatralizar los versos finales, donde se lee que aquel oscuro felino, perseguido por *Scotland Yard*, merece el apodo de “Napoleón del crimen”. ¿Se acordarán cuando sean mayores? Porque, en realidad, ¿qué nos cuenta la memoria sobre nosotros? ¿A quién pertenece? En nuestras vidas, el amor perdura como una fina capa de pintura que cubre el olvido, a pesar de que la atmósfera del ayer domine sobre cada uno de los trazos concretos que nos dibujan.

La playa permanecía solitaria y esa vez no había traído ningún libro. Tampoco mi hija me lo pidió. En casa, al llegar la noche, les seguiríamos leyendo en voz alta cuando se acostaran. Alguno de aquellos títulos, como *Asedio y caída de Troya*, de Robert Graves, marcaron mi infancia. Fue con la muerte de Héctor, sujeto a la ira de Aquiles, que lloré por primera vez leyendo

un clásico. Fue con Héctor y su destino que aprendí a amar la sabiduría de los antiguos, cuando aún ignoraba qué era la sabiduría ni por qué conviene buscarla. Me gustaban los libros viejos, la riqueza de su lengua, su mensaje cristalino —tan humilde y limpio— que nos habla al corazón. Esos ejemplares de papel amarillento, manchados por la humedad, me remitían a otros lugares y a otras épocas. ¿Fui un melancólico antes de hora? Es posible, ya que Saturno es el señuelo que emplea el Paraíso una vez has sido expulsado de él.

Recuerdo que, en la isla, cuando era niño, las largas vacaciones estivales consistían en atravesar el mar de los Sargazos. Me fascinaba aquel lago oculto en medio del océano, que guardaba un eco de África, como las obras de André Gide, donde se rememora el verano en Argel definido por el bochorno de agosto y la cansina gravedad de las moscas. Los Sargazos, para mí, simbolizaban el bostezo de los piratas y el tedio nihilista —¿aunque sabía yo entonces lo que era el nihilismo?— previo a una nueva aventura. Dicen que fue Cristóbal Colón el que descubrió este piélago gelatinoso, como quien se encuentra de repente con el infierno, ese lugar sin futuro ni movimiento. Yo, en cambio, asociaba los Sargazos con Julio Verne y sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*, que había visto en

alguna versión televisiva —quizá checa, quizá rusa—, retransmitida en las matinales del sábado (unos cursos después —ya en bachillerato o en lo que entonces llamábamos COU— me harían pensar en Lévi-Strauss y en sus *Tristes trópicos*, donde les dedica un hermoso capítulo, el octavo). Hablo de julio y agosto que, durante la adolescencia, representan una libertad mal ganada con la rebeldía; pero no es así en la infancia, ni tampoco lo será —al menos no del todo— en la vida adulta. De niño, el verano es —lo fue para mí— el tiempo de las vacaciones, las medusas, los alemanes y el olor a Nivea, que me atrajo durante tantos años. Por eso mismo encarna también un tiempo de nostalgia y, en consecuencia, de dulzura. En verano me gustaba dormir con mis abuelos en la era, donde se trillaban las mieses, y contar las estrellas, al igual que un ilustrador mallorquín, Pere Joan, se refugiaba en la buhardilla de su casa para garabatear en un cuaderno la cartografía secreta de las nubes. Esas nubes, con su solemne quietud, sedimentan la paz del firmamento. En las estrellas, en cambio, se percibe una lejana angustia, la arqueología dolorosa de la creación y su finitud. Cuando su luz llega hasta nosotros, esos mundos ignotos ya no existen: pertenecen a la memoria de Dios y a la mirada de los hombres, que contemplan una ilusión.